

# San Mariano Rivera

*Llamil Mena Brito*



El relevista Mariano Rivera de los Yankees de Nueva York lanza contra los Diamondbacks de Arizona durante el séptimo juego de la Liga Mayor de Beisbol en Phoenix, Arizona, el 4 de noviembre de 2001. Fotografía: Harry How / ALLSPORT

**HAY DÍAS QUE EL DEPORTE CLAMA POR PROFETAS.** Un hombre que trasciende su capacidad física y devenga portavoz emocional de un mensaje contundente, aquello que los mortales nombran discurso memorable. El 4 de noviembre de 2001, Mariano Rivera, el silencioso líder de los Yankees de Nueva York, no tuvo ni la voz ni el juego, fracasó estoicamente. Un tropiezo profesional que a cualquier otro hubiera marcado para siempre, fue para el pitcher panameño tan sólo un designio más de Dios y, para el deporte, parte de la leyenda de grandeza de este atleta.

“El mejor jugador en su posición en el más importante e histórico equipo del deporte profesional y aún así, sin duda es el menos reconocido mejor jugador de todos los tiempos”. Mariano Rivera no posee el carisma del deportista para convertirse en un ícono, tampoco el estatuto del mejor jugador de beisbol de todos los tiempos. Su grandeza radica en esa pasividad enciclopédica que contrasta con la magnificencia de su vida y obra. Un hombre que hace de su vocación deportiva un viaje ascético



que ignora grandilocuencias y honores. Sencillamente el mejor *cerrador* de la historia, que es hablar de una posición que hace cincuenta años ni siquiera existía en los rosters del beisbol.

Esta es la biografía del número 52 de los Yankees, panameño que, como dictan las vidas heroicas, debió atravesar un difícil camino para hallar la esencia de la victoria, el conocimiento. Cuenta la leyenda, es decir, su propia voz, que un trabajo como cerrador de Grandes Ligas, donde la mitad de la labor es resistir la tensión, le resultaba pueril frente a la obligación que su padre le imponía para pescar cierto número de sardinas y así llevar el pan a la mesa. Es decir, la presión de obtener los últimos tres *outs* en una Serie Mundial no encontraban punto de comparación frente a la angustia de rendirle cuentas claras a su padre día con día. Ahí también se encuentra la mano de Cristo Salvador —debe decir Rivera— en la pobreza que purifica e ilumina.

En un deporte donde no existe el límite de tiempo ni el empate como posibilidad, Rivera fue alegoría de expiración y triunfo. Su participación en un duelo significaba una y tan sólo una cosa: el juego estaba por culminar a favor de Nueva York. Pero Mariano también es ese hombre de Dios, un personaje que achaca su grandeza deportiva a los designios del Señor; su talento como un don divino no para ganar encuentros, sino para demostrar un destino de magnificencia divina. Y entiéndase esta dualidad que sólo los elegidos pueden tener, dividir la vida en la especificidad terrenal y las fugas místicas.

El beisbol es el perfecto entorno para hombres como Rivera. Es aquí donde el motivo religioso no estorba y en cambio enriquece el mito del jugador.

Un deporte donde la mística y el aura parecen escribir las más grandes proezas hace de la fe un catalizador de triunfos. Un deporte plagado de mitos, leyendas y maldiciones encuentra en hombres devotos a sus mayores próceres.


Siete semanas después de los atentados terroristas del 11 de septiembre, Mariano Rivera pidió la palabra antes del juego definitivo de la Serie Mundial contra Arizona. Una serie ya memorable por sus seis juegos previos y emotivos culminaba un domingo (día del Señor) y el cerrador tenía un mensaje que compartir. Ya no importaba el resultado, no existía victoria que pudiera mediar los claros mensajes que Jesucristo había mostrado a lo largo de esa temporada. Una última victoria no sería consuelo alguno para nadie, no después de atestiguar el poder destructivo del hombre. Toda la fe, la devoción, la ausencia de un último discurso para la victoria dejó pasmado a más de un yankee. Horas después, Mariano tuvo en sus manos el salvamento y la victoria que Nueva York realmente anhelaba como paliativo. El entonces alcalde Rudolph Giuliani había pagado el viaje a decenas de familiares dolientes, y ese día, en Arizona, por primera vez en su carrera, Rivera perdió un encuentro en una serie de playoffs, y todo Nueva York tuvo que asimilar un nuevo golpe emocional. Otro monumento había caído.

Antes de ese día el panameño había construido una carrera de perfección y dominio absoluto. Aquellas novenas entradas pesaban para cualquier bateador

como un martirio. Mariano era invencible. Su recta cortada, un lanzamiento que al ojo humano aparentaba ser una poderosa línea recta, rompía con violencia sobre algún punto de su eje destruyendo, literalmente, los bates de cualquier contrincante. Un sólo lanzamiento, tres *outs*, o en días de urgencia, seis. Todos conocían el pitcheo; pocos tenían la capacidad de vencer su quirúrgico control. Sin embargo, como este también es un deporte que se mide en fracasos, Rivera, a diferencia de todos los otros gladiadores del último *inning*, desarrolló una fortaleza para olvidar pronto los tropiezos y al día siguiente de una derrota recomponer su juego. Tres bateadores, tres *outs*, un salvamento, la espera de un nuevo día y un nuevo juego.

Hombre inquebrantable y honesto, aquel fatídico día de noviembre de 2001 comprendió que “la misión que Dios le había traído a cumplir” no siempre iba a culminar en un baño de champaña. Ahora debía olvidar

un profundo y extenso dolor y comenzar una nueva campaña, una nueva dinastía. Cinco veces campeón de la Serie Mundial (donde en una fue nombrado el más valioso), trece veces llamado al juego de las estrellas, 76 victorias, más de 600 salvamentos. Hoy, a sus 43 años de edad y 19 campañas sobre su cuerpo, Rivera se retiró del juego. Ascende a los cielos de los inmortales dejando un legado de profesionalismo y humildad. En esta, su última temporada, decidió despedirse no sólo de los fanáticos, sino también de los trabajadores invisibles del juego: personal de mantenimiento, vendedores, staff, obreros de una industria millonaria que compartieron dos cosas: el amor al beisbol y una longevidad silenciosa. Rivera asciende al lugar de los inmortales viendo los rostros de rivales, fanáticos y camaradas.

San Mariano Rivera, ruega por nosotros. Ruega por que, como tú, encontremos la fuerza para culminar con éxito el último trayecto a nuestra victoria. Ruega porque, como tú, hallemos la templanza, el carácter y la fuerza en momentos de tensión. San Mariano, ruega para que veamos la grandeza oculta en el misticismo de un juego más. Mariano #apagayvámonos. 

Fotografías: Jeff Gross / ALLSPORT

